

Domingo 10º del Tiempo Ordinario. Ciclo A.

“Llamados al seguimiento”.

Hoy, Jesús se nos presenta en el Evangelio llamando a un recaudador de impuestos y comiendo con publicanos y pecadores, con la consiguiente crítica de los fariseos. La respuesta de Jesús es contundente: Él ha venido a llamar a los pecadores y, citando al profeta Oseas (***“Misericordia quiero y no sacrificios”***), les insta a que se esfuercen por comprender que *la práctica de la misericordia y el amor al hombre están por encima de cualquier rito y sacrificio*. En esta escena vemos como Jesús busca, dialoga, convive y come con los pecadores, con los marginados por la sociedad, para sacarlos de su situación. *En el Reino de Dios todos tenemos un puesto*. Rechaza el pecado y el mal, pero no al hombre y a la mujer enfangados en el pecado. El Evangelio está sembrado de los gestos de amor, de compasión, de ternura y de misericordia de Jesús para con las personas más enfermas, necesitados y marginales de su tiempo; esto es la Buena Noticia del nuevo Reino que Jesús anuncia y ha venido a instaurar ya en los corazones de buena voluntad.

Causa admiración la manera que tiene Jesús de *“llamar”*. Se presenta en la vida del otro por iniciativa propia y lo hace no en unos *“ejercicios espirituales”* o en un día de retiro o en un acontecimiento super especial. El lugar que Jesús prefiere para llamar a los que elige es *la vida ordinaria, el trabajo ordinario, lo que nos da de comer y lo que nos realiza*. El trabajo que nos ocupa muchas horas del día y de la semana tiene un poder especial; Dios se hace presente en él y en él nos llama.

Hasta tal punto tuvo importancia la *“llamada”* de Jesús que sus discípulos –entre otras cosas- se denominaron *“llamados”* o *“convocados”*. No se trata, en la llamada de Jesús, de modificar la condición de vida (los apóstoles siguieron pescando), sino de *asumir una nueva existencia*. El publicano Mateo –identificado como Leví-, al abandonar su menester, se convierte. Todo reside en la llamada de Jesús al decirle *“sígueme”*.

Jesús llama a quien quiere y no se atiene a los criterios de los hombres. *Su norma fundamental es el amor y la salvación de todos los hombres*; por eso llamó a Abraham, que creyó contra toda esperanza (2ª lectura), llamó a Mateo, pecador público, un publicano, y sigue llamando hoy a cada uno de nosotros a compartir su destino de salvación. La vocación –entendida hasta hace bien poco como llamada a la vida sacerdotal o religiosa- la comprendemos hoy como *llamada a ser discípulo, a ser cristiano*. Evidentemente, hay llamadas especiales y concretas, como las de Abraham, Moisés, los profetas, los apóstoles y Pablo. En definitiva, Dios llama para que sigamos a Jesús, compasivo y misericordioso.

La misericordia en la Biblia es más que compasión; es una actitud de bondad consciente que perdona siempre. Dios es misericordioso, sobre todo, con los pobres, marginados y pecadores. Pide constantemente misericordia. Cuanto más grave es el pecado del ser humano, más misericordia muestra Dios.

Para indicar que Jesús no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, propone Mateo esta escena en la que Jesús come con publicanos, a los que se consideraba paganos y pecadores. De este modo muestra el primer evangelista en la conducta de Jesús la *misericordia de Dios*. Los preferidos del Señor son los pobres y los pecadores. El discípulo ha de ser misericordioso como lo es el Padre de las misericordias. Ésta es la perfección que Jesús exige a sus discípulos.

*“El camino de Dios y el camino para llegar a Dios
es la ternura y la misericordia.*

La misericordia lleva a Dios donde están los que le necesitan, los pecadores”.

Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.